

# El poder individual en la globalización

**Enrique Gil Ibarra**

<http://elhendrix.blogspot.com>

<http://elhendrix.com.ar>

## El síndrome del Príncipe

Todos crecemos con ambiciones y esperanzas. El "síndrome del príncipe" es absolutamente común en nuestra época, caracterizada no obstante por la mediocridad. Precisamente este síndrome arroja la mediocridad como resultante: es evidente que si uno está "destinado" a destacarse en su sociedad, no es preciso que realice esfuerzo alguno para ello.

La mayoría de los argentinos de clase media hemos crecido "sabiendo" que somos los mejores, los más inteligentes, los más hermosos. Nuestros padres, influenciados por un país con inmejorables condiciones objetivas para el desarrollo, han confiado ciegamente en un destino manifiesto que, indiscutiblemente, nos reservaría un lugar. El hijo doctor de padre obrero no podía ser un médico (o abogado) de pueblo. Sin duda sería, por lo menos, ministro.

Los escasos individuos que lograron, a fuerza de reiterados fracasos, comprender que dicho destino manifiesto no era tal, se hicieron un nombre a pesar de ello. No porque fueran, en líneas generales, excesivamente inteligentes o capaces, sino porque pudieron entender a tiempo cuales eran los mecanismos de poder que obraban en una sociedad hipócrita y falsaria, que pregona la honestidad y premia la estafa; alaba la virtud y estimula la corrupción; hace un culto del trabajo y el esfuerzo y paga salarios de hambre; quiere a sus hijas vírgenes y se acuesta con putas.

El denominado doble discurso, que siempre existió en la comunidad nacional, fue en principio "descubierto" por los medios periodísticos y luego utilizado por los mismos medios para encubrir sus componendas y compromisos. El empleo del poder para el crecimiento personal exige el doble discurso, la mentira y la traición.

Así como cualquier político medianamente honesto reconocerá en privado el axioma básico de que "en política no existen los amigos", de igual forma esto se aplica en cualquiera de los

órdenes de la vida cotidiana. Los más concientes de ello, han intentado separar dos sectores delimitando una barrera afectiva: familia y círculo íntimo y, fuera de ella, "los demás". Sin embargo, frecuentemente, se ven obligados a traicionar sus propios límites cometiendo desfalcos afectivos o económicos dentro de sus propios círculos. Y es que el ejercicio del poder, sea para la acumulación de dinero o de prestigio, no reconoce esas barreras.

Indefectiblemente, si empezamos a ser exitosos en la acumulación de poder, esto nos pondrá a mediano plazo en contradicción con nuestros límites, con nuestros "principios". Indefectiblemente también triunfarán los "objetivos", ya que, aunque todos lo neguemos, la dinámica social nos demuestra día tras día (siglo tras siglo) que el fin siempre justifica los medios. Si bien eso no quiere decir que sea una dinámica ética aceptable.

Utilizo siempre, conversando con amigos a los que les resulta difícil aceptar esta realidad, un ejemplo concreto: en primer lugar, les pregunto si realmente piensan que una persona, partiendo de la nada, puede hacerse millonaria en nuestro país (o en cualquier otro) con el fruto exclusivo de su capacidad y de su trabajo honesto. A los pocos que me contestan afirmativamente, les propongo una apuesta: durante el año siguiente a nuestra conversación, deben aprovechar cada oportunidad que tengan de hallarse frente a una persona de dinero, a un "triunfador" -de esos que se ufanan de haber sido lustrabotas, o cadetes de almacén, y que se han convertido en poderosos empresarios en el lapso de treinta o cuarenta años- y pedirle, simplemente, que les cuente su vida. Siempre, en todos los casos, hay un período de cinco a diez años que no existe. Un plazo durante el que el lustrabotas, empleado administrativo, periodista, lo que fuere, realiza una modificación substancial en su vida de la que reaparece "con su primer millón". Ese período jamás es narrado. Los negocios realizados durante el mismo nunca son dignos de mención. Pero sin excepción, ese "período oscuro" fue el basamento de la fortuna actual. Nunca, hasta el día de hoy, alguno de mis amigos pudo refutarme esta tesis con un ejemplo concreto; por el contrario, la mayoría han aceptado entre carcajadas que la han comprobado en reiteradas oportunidades y que se ha demostrado infaliblemente.

Porque en la vida, al igual que en el ajedrez, los escaques no pueden quedar "vacíos". Todo avance, entonces, de estos individuos "triunfadores" ha representado, por supuesto, el retroceso de cientos de otros que no han sido igualmente hábiles, manipuladores o deshonestos.

#### La especialización y la anomia como forma de control social

A medida que se incrementa el conocimiento, la tecnología y la información, (asumiendo esta como obviamente distinta del conocimiento) se ha generado una nueva especie que se denomina habitualmente "especialistas".

Son aquellos que han descartado -impulsados evidentemente por el entorno educacional- la absorción de conocimientos y/o valores generales, no por falta de tiempo o capacidad, sino simplemente por falta de interés.

Conocí una vez un físico nuclear de unos treinta años, (la edad que yo tenía por aquel entonces) con el que era prácticamente imposible hablar de nada que no fuera su especialidad. A él le importaban tres pepinos la literatura, el cine, el amor, la cultura, la gente, la sociedad, la historia, cualquier cosa, en fin, que no pudiera relacionar directamente con su materia. Se consideraba excelente en ella, -y parece que efectivamente lo era- pero nunca pudo descollar. Aparentemente a sus elucubraciones siempre les faltaba alguna cosa.

Aunque este es sin duda un ejemplo extremo, diría que la sociedad se ha esforzado realmente en generar este tipo de ¿semipersonas? como coadyuvante a sus proyectos económicos de globalización. Me explico: en un mundo globalizado, con millones de individuos compartiendo los mismos problemas, se corre un serio riesgo de una toma de conciencia colectiva sobre las potenciales soluciones a esos problemas.

La alternativa obvia es el aislamiento del individuo. Si éste aislamiento no puede producirse naturalmente (televisión, radios, medios en general, viajes baratos) lo ideal es generarlo mentalmente.

Bloquear toda posibilidad del individuo de relacionarse con los demás empáticamente. Pero esto daría como resultado un autista, un ser inservible e improductivo. Por tanto, se lo especializa hasta el punto de convertirlo en un obsesivo inaprensible para todo aquel que no comparte el solo y único tema de su interés. Se obtiene así un semiser altamente productivo pero que jamás generará problemas, puesto que los que aquejan "a los demás" le resultan incomprendibles y casi diría fútiles en comparación con sus especializados razonamientos. ¡Bingo!

#### La Corporación como aglutinante protector

El otro ítem que me parece destacable es el de las Corporaciones profesionales. Creo que en todos los países existe lo que en el mío llamamos "Colegios" de Abogados, Médicos, Escritores, etc. Es curioso observar a estos profesionales cometiendo las cagadas más inverosímiles con la total seguridad de que serán defendidos, apoyados y exculpados por la corporación de sus pares.

Estas corporaciones en realidad amparan la evidente disminución de la ética social individual, en la medida que el profesional ya no debe preocuparse por su praxis, sea ésta correcta o no. Será validado en la misma por un Jurado compuesto por sus colegas, que disculparán hasta sus estafas a los clientes, penalizándolas, por ejemplo (caso real: señora pobre pierde su casa a manos de su abogada, que la despoja) con un mes de inhabilitación para ejercer la profesión.

Relacionando esto con lo de más arriba, diría que todo se centra en el "para qué". Para qué hacemos como individuos una u otra cosa es, creo, la base de una sociedad sana o una enferma.

Si el "para que" nos produce placer o ganancia, pero es simplemente una gratificación individual, el concepto globalizador del Estado ha triunfado en definitiva sobre el individuo, en la

medida que, por definición, si éste no puede sobrevivir aisladamente, está contribuyendo a la destrucción de la entidad que lo mantiene vivo y conciente.

El resultado posterior nos lleva al concepto de "semipersonas". Aunque inicialmente parezca y suene peyorativo, es en definitiva una valoración que nos cabe a todos. La disminución de la conciencia social (no me refiero a política, sino a comunidad) fenómeno ocurrente en todo el mundo en las últimas décadas, conlleva obligatoriamente el fraccionamiento suicida. La ventaja que tenemos sobre las hormigas es la autoconciencia. Pero si ésta autoconciencia (y por consiguiente el sentido solidario de pertenencia al todo) se adormece sin desaparecer, no nos convertimos en hormigas (que en última instancia no guerrear en su propio hormiguero) sino en semipertenecientes, semipensantes; pasamos de ser integrantes completos de una especie para convertirnos en individuos que, en el mejor de los casos, "semicolaboran" cuando es imprescindible.

Si el objetivo societario común no existe, debe existir como compensación uno grupal minoritario, ya que por definición el "Salvaje solitario" está condenado a la extinción. Ese objetivo sustituto exige su defensa frente a cualquiera que no lo comparta, por simple supervivencia.

¿Casualidad? No lo creo. Es más fácil el control de grupos pequeños y exaltados que de grandes masas cuya inercia es inconmensurable.

#### Especialistas y generalistas

En principio, es importante destacar que la búsqueda del poder no es una tarea de especialistas, sino de "generalistas". El especialista se centra en su disciplina, en su conocimiento específico adquirido. Obligatoriamente, deberá fijar su atención en lo puntual.

El especialista que persigue el poder generará caos y desorden, debido a que forzosamente otorgará prioridad a los aspectos que destacan a su juicio particular y subjetivo, perdiendo la noción de conjunto.

La movilidad, la posibilidad de explorar la realidad desde múltiples puntos, es indispensable para la acumulación de poder. Esa visión multiangular le estará vedada al especialista, que constantemente se verá limitado por sus preconceptos, dubitará ante las decisiones, solicitará consejo de sus pares.

El generalista, por su parte, logrará confiar en su sentido común, avalado por sus objetivos. Ante una decisión, evaluará las distintas alternativas posibles, y adoptará aquella que garantice, si no el éxito, cuando menos el menor de los riesgos. Recordará siempre que lo perfecto es enemigo de lo bueno, y logrará evitar el sueño de lo ideal, eligiendo la realidad de lo tangible. Es decir, el generalista sabe que lo correcto (o inevitable) hoy, puede ser (revelarse como) equivocado mañana. No obstante, sabe también que el mañana existirá y habrá tiempo para corregir.

Esa diferencia entre el especialista que observa su interior (lo aprendido) y obra en base a su experiencia (el pasado estático e interior), y el generalista que actúa de acuerdo a su concepción del universo (lo global, que también lo incluye) y comprende que ese universo muta permanentemente y ofrecerá mañana variables impensadas hoy, representa la distancia entre el fracaso y el éxito en la acumulación de poder. "¿Qué es lo que está sucediendo?" y "¿Qué es lo que podría suceder?", son las preguntas del poderoso.

### Las múltiples "verdades"

En principio vamos a sacarnos de encima esa falaz idea de que cada persona tiene su verdad. Indudablemente existen infinitud de matices, que varían de acuerdo a las distintas personalidades y percepciones, pero la verdad son los hechos. Las realidades son objetivas, no personales. La interpretación de esas realidades es lo que puede variar. El problema es que la gente ha aceptado que tener opiniones divergentes agrega valor. Existe desde hace décadas una descalificación premeditada del "hombre-masa". Toda la literatura pregona desde principios del siglo XIX que la "masa" es irracional, carente de objetivos, que su promedio intelectual equivale al menos capaz de los individuos que la componen, etcétera. Es obvio que la historia no confirma esta mentira. Cualquier movimiento de masas desde (y antes de) la revolución francesa tuvo objetivos concretos, fueran estos justos o erróneos. La masa elaboró propuestas, generó modificaciones, cambios históricos relevantes....

No me estoy refiriendo a la utilización de la masa por dirigentes inteligentes. Me refiero a aquellas situaciones inicialmente espontáneas que en todo caso luego fueron utilizadas por otros sectores. Si se quiere un ejemplo cercano, podemos tomar los cacerolazos de diciembre del 2001 en Argentina. Sin dirigentes, sin concertaciones, la masa ejerció un grado de poder. Estableció nuevos equilibrios. Al alcanzar la "masa crítica" -valga la redundancia-, razonó y actuó mucho mejor que cualquier individuo aislado hubiera podido hacerlo. La diferencia entonces consiste en que la masa, si bien puede ejercer el poder intuitivamente, no es realmente conciente del mismo y permanentemente es presionada -y generalmente es derrotada- por un imperativo social que podemos llamar la "Ideología de la Paz".

### La ideología de la Paz

"La mayoría de las civilizaciones se basan en la cobardía. Resulta fácil civilizar enseñando cobardía. Se diluyen los niveles que conducen a la valentía. Se refrena la voluntad. Se regulan los apetitos. Se vallan los horizontes. Se dicta una ley para cada movimiento. Se niega la existencia del caos. Se enseña a respirar despacio incluso a los niños. Se domestica." Frank Herbert

"La paz es un valor, no una ideología". Falso. Tal vez sería un valor si el conjunto de la sociedad lo considerara así. Pero eso no es real. La paz es un concepto impuesto a la sociedad por el sector dominante. La paz es equilibrio, estabilidad, inmovilidad. Si una comunidad es intrínsecamente injusta, ¿quién prefiere la paz? Evidentemente, aquel que desea que nada cambie. Para ese sí la paz es un valor. Para el otro, es una limitación inducida, una ideología impuesta por la conveniencia y el temor.

En toda sociedad injusta, los dominantes hacen la apología de la paz, los dominados de la justicia. Sólo que la inducción es tan potente que muy pocos dominados logran evitarla, y esperan que sea posible una justicia obtenida con paz, lo que es obviamente un absurdo, una negación de la realidad del poder, porque el poder no se abandona, se arranca (si queremos decirlo burdamente). Pero esto no implica apologizar la violencia bruta. Desde el siglo XVIII la clase dominante abandona el concepto de violencia sangrienta por no considerarla rentable económicamente.

Todos los tiempos históricos, incluyendo la Europa renacentista, se caracterizaron por una cierta simplicidad en el tratamiento del poder hasta la revolución industrial. Anteriormente, la conquista y mantenimiento del poder consistía en la aplicación más o menos directa de una determinada forma de violencia. Y no existían complicaciones ideológicas de por medio. Es decir, toda la sociedad comprendía y aceptaba dicho sistema, no por justo, sino por válido.

A partir de la revolución industrial, al complicarse las relaciones de producción, proliferan las ideologías en la medida en que se hace conciente la noción de clases sociales con distintos intereses históricos (económicos).

Por primera vez, se impone realmente el concepto de inmutabilidad en la pertenencia a una clase social. Esta noción, que existía fundamentalmente en lo referente a la nobleza (ningún siervo llegaría jamás a ser noble) no se aplicaba en los otros sectores sociales. Es decir, podía (idealmente) ascenderse en la escala social, hasta llegar a la burguesía.

La revolución industrial establece diferencias firmes entre las clases secundarias. La burguesía cuenta por fin con los elementos necesarios como para mantenerse en su sector de la pirámide, e impedir el ascenso de esa nueva clase de pobres, que han dejado de ser campesinos y se han convertido en obreros.

La violencia se sofisticada. Aquella violencia simple de las épocas feudales: asesinatos, torturas, envenenamientos, derecho de pernada, esclavitud lisa y llana, se complica, adopta distintas facetas y expresiones, se mimetiza y, simultáneamente, se hace más y más cruel y despiadada. Mantener el poder ha dejado de ser una cuestión de fuerza para convertirse en un juego de estrategia en el que la violencia directa y descarnada, sin dejar de ser importante, se convierte en el último y no deseado recurso, ya que deteriora la mano de obra y, por consiguiente, produce una disminución del capital social.

Se produce entonces una paradoja interesante: los mismos sectores poderosos que hasta ese momento empleaban y justificaban plenamente el ejercicio de la violencia, comienzan a inducir en las clases dominadas una nueva ideología: el valor supremo de la paz. Los mismos Señores que durante cientos y miles de años ejercieron un derecho de violencia ilimitado, permitido y avalado por Dios, se "civilizan" bruscamente, en el breve lapso de ciento cincuenta años. Aceptan leyes aparentemente limitativas de sus "derechos" milenarios, y conceden al ex campesino, ahora obrero, el derecho a cambiar su fuerza de trabajo por dinero. ¿Generosidad? ¿Conciencia? Rentabilidad. Si tomamos en cuenta el promedio de vida de un esclavo a fines del siglo XVII (40 años) y le quitamos los primeros diez años de vida y los últimos 5, nos quedan 25 años de vida laboral útil, a la que se deben restar enfermedades, partos y lesiones graves. Esta modalidad, que fue indiscutiblemente rentable durante siglos, deja de serlo con la aparición de la máquina. La industria necesita personal sano y eficiente. La máquina ociosa, si bien no da pérdidas, reduce las ganancias. ¿Cuál sería el criterio lógico de mantener el costo de un niño o de un anciano, de un enfermo, de una parturienta, de un inválido? Pero esa modificación en aras de la ganancia y la eficiencia trae indiscutiblemente aparejado un nuevo riesgo: el Señor es el dueño de la máquina, pero no puede operarla.

En ese marco, existe una transferencia de poder interclase que no es deseable, pero sí inevitable y que ya ha sido analizada y explicada exhaustivamente por Engels, Marx y Lenin. La libertad obtenida por el nuevo obrero, al tiempo de otorgarle el derecho de seguir sufriendo hambre libremente, le concede algo mucho más significativo: tiempo de ocio. Por ínfimo que éste sea en esas primeras épocas, produce como consecuencia el aburrimiento y, por consiguiente, la necesidad de pensar. De allí a la lectura, la conversación, la comprensión de la injusticia, la internalización de la propia fuerza. El esquema de poder ha sufrido una nueva variación, que es velozmente comprendida por los Señores: La Ideología de la Paz se revela indispensable.

Por supuesto que no imagino una reunión multitudinaria internacional de oligarcas malvados inventando una mentira creíble. Estoy hablando de similitud de intereses que provocan, ineluctablemente, soluciones parecidas en el tiempo, que se imitan y reproducen en la medida del éxito que obtienen. Después de todo, ¿qué significa la revolución industrial sino la repetición seriada de un mismo movimiento que produce un resultado apetecido?

Pero en ese caso los dominados hubieran podido oponerse, y lo han hecho, en sucesivos levantamientos e insurrecciones que en general han fracasado. ¿Por qué aceptar una ideología limitante? ¿Por estupidez? ¿Por incultura?

Por ese camino llegamos obligatoriamente a la tontería previsible: "para que haya justicia tiene que haber educación", "primero hay que educar al pueblo para que sepa votar" y todas esas gansadas. Nunca, en los últimos siglos, los sectores dominantes intentaron seriamente limitar el acceso del pueblo a la cultura ni a la información. Lo que hicieron fue limitar su acceso al dinero, con las consecuencias obvias. Pero si un obrero podía con enormes sacrificios mandar a su hijo a estudiar nadie se oponía. ¿Por qué hacerlo, si el resultado en la inmensa mayoría de los casos sería un nuevo defensor de los privilegios? No existe motivo para limitar

el acceso a la cultura si soy dueño de los colegios y las universidades. No hay problema en que todos lean los diarios si mis empleados los escriben. Por el contrario, es preferible que se lean los diarios a que la información que circule sea la del boca a boca. Mediante los diarios, mediante las radios, se fabrica el boca a boca.

Y esto, que parece una alucinación paranoide, lo sería si yo estuviera hablando de una inmensa conspiración. De la "sinarquía internacional", como decía Perón. Pero no se trata de eso. No se trata de individuos poderosos, concientes de su papel y concatenados tras un objetivo. Se trata de intereses coincidentes que producen resultados coincidentes. Es elemental suponer que, si usted y yo vamos a los mismos colegios, tenemos amigos con similar poder adquisitivo, nos vestimos con las mismas marcas de ropa, usamos las mismas tarjetas de crédito, vamos de vacaciones a los mismos lugares de moda, valoramos la categoría de la enseñanza de las mismas universidades, probablemente terminemos pensando parecido, escuchemos con atención a los mismos economistas, y sustentemos similares ideas políticas.

Y si usted reacciona indignado ante este concepto, está reaccionando frente a una idea que le enseñaron a considerar ofensiva y denigrante. Y sin embargo usted lee, por ejemplo, los mismos diarios que sus amigos, y ve probablemente los mismos programas de televisión. ¿Acaso no hay diarios para "ricos" y otros para "pobres"? No obstante, su precio es prácticamente el mismo.

Lo que ocurre es que no logra aceptar que las variantes, aún en los casos en que aparentemente existe distinción ideológica, no son fundamentales, sino secundarias. Porque en realidad la diferencia se limita a una rivalidad entre distintos sectores de clase que disputan un trozo de poder mediante variables ideológicas. Detrás de esas variables, el objetivo es uno: el poder. Pero no existe una diferencia de clase, sino de posición relativa frente a la realidad. Unos poseen el dinero y carecen de apoyo social. Otros amenazan con el apoyo social -que no poseen- para conquistar dinero. En resumen, lo importante no es el dinero, sino las ventajas del mismo, como es evidente. Ambos sectores son funcionales a un determinado equilibrio, aunque aparentemente, e incluso sinceramente en muchos casos, supongan lo contrario.

Bien, pero si todos los sectores persiguen lo mismo, ¿en qué se diferencia este concepto del criterio marxista de que todo es política?

Lo que pasa es que no todo es política, sino relaciones de poder. Algunas (la mayoría), por supuesto, tienen objetivos, motivaciones, causas o consecuencias políticas en la medida en que modifican la realidad de la comunidad. Otras revisten características individuales, personales, pero no son reconocidas por sus actores.

En la mayoría de los casos, al ser inconscientes las personas de esa realidad, el poder se ejerce de manera cruel, irresponsable e irremediamente traumática.

## La falacia del “anti-poder”

Ha surgido –en realidad no es nueva sino re-aparecida- la teoría del anti poder, sustentada por sectores intelectuales, fundamentalmente europeos y norteamericanos. Con ella, pretenden sugerir que es posible oponerse al establishment con un sistema de “derogación” paulatina del poder ejercido por el sistema. Por supuesto, es una simple excusa (bastante primaria, por cierto), para evadir la responsabilidad de la oposición y la participación directa. Sin embargo, han caído en ella algunas de las más lúcidas mentes de la época.

Sin ir más lejos, Foucault afirmaba: “...nuestro embarazo para encontrar las formas de lucha adecuadas, ¿no proviene de que aún ignoramos lo que es el poder? Después de todo, ha sido preciso esperar al siglo XIX para saber lo que era la explotación, pero quizá todavía no sabemos qué es el poder. Marx y Freud quizá no bastan para ayudarnos a conocer eso tan enigmático, a la vez visible e invisible, presente y oculto, ocupado en todas partes, que se llama el poder. La teoría del Estado, el análisis tradicional de los aparatos de Estado, no agotan sin duda el campo de ejercicio y funcionamiento del poder. Actualmente, sabemos aproximadamente quién explota, hacia dónde va el beneficio, por qué manos pasa y dónde se vuelve a invertir, mientras que el poder... Sabemos perfectamente que no son los gobernantes quienes detentan el poder. Sin embargo, la noción de "clase dirigente" no está ni muy clara ni muy elaborada. "Dominar", "dirigir", "gobernar", "grupo de poder", "aparato de Estado", etc., aquí hay todo un conjunto de nociones que piden ser analizadas. Asimismo, sería preciso saber hasta dónde se ejerce el poder, mediante qué relevos y hasta qué instancias, a menudo ínfimas, de jerarquía, control, vigilancia, prohibiciones, coacciones. En todo lugar donde hay poder, el poder se ejerce. Nadie, hablando con propiedad, es su titular y, sin embargo, se ejerce en determinada dirección, con unos a un lado y los otros en el otro; no sabemos quién lo tiene exactamente, pero sabemos quién no lo tiene”.

Esta disquisición circular contiene varios errores que considero importantes: en primer lugar, es absurdo afirmar que “ha sido preciso esperar al siglo XIX para saber lo que era la explotación”. Tal vez sí hemos debido esperar al siglo XIX para “racionalizar” la explotación, pero las palabras de Foucault parecerían indicar que “conocimos” la explotación a partir de dicho siglo, lo cual es, por lo menos, irrespetuoso.

Por supuesto que es preciso analizar las expresiones "dominar", "dirigir", "gobernar", "grupo de poder", "aparato de Estado", etc., pero ese análisis no tendrá fin. Será necesario re-analizar esas expresiones (su contenido, en realidad) de forma permanente, dado que, como el poder mismo, no son estáticas, sino cambiantes. Daría la impresión de que Foucault (y en él personifico, quizás injustamente, toda esta tendencia) pretende “arritmetizar” esos conceptos, convirtiéndolos en valores de una ecuación.

Olvida Foucault, me parece, que si el poder no se posee (“Nadie, hablando con propiedad, es su titular”) sino que es una idea que se ejerce, como afirma también Hannah Arendt, es ineficaz pretender esquematizarlo hasta el punto de determinar “a quien” puede o no pertenecer.

De hecho, el verdadero problema es que la intelectualidad, más allá de sus disquisiciones, comprende el poder sólo como una prerrogativa de gobierno, y por lo tanto la pretensión primera y última es estigmatizarlo en lugar de aceptarlo, generar una entelequia como el “anti-poder”.

¿Qué vendría a ser este “anti-poder”? John Holloway afirma, muy suelto de cuerpo: “Un mundo digno no se puede crear por medio del estado” y continúa diciendo: “La única forma de concebir un cambio radical hoy no es como conquista del poder sino como disolución del poder”... “La lucha por la disolución del poder es la lucha por la emancipación del poder-hacer (potentia) del poder-sobre (potestas). Para empezar a pensar en cambiar el mundo sin tomar el poder, hay que hacer una distinción entre el poder-hacer (potentia) y el poder-sobre (potestas). Cualquier intento de cambiar la sociedad involucra el hacer, la actividad. El hacer, a su vez, involucra la capacidad de hacer, el poder-hacer. Muchas veces usamos la palabra 'poder' en este sentido, como algo bueno, como cuando una acción junto con otros (una manifestación o incluso un buen seminario) nos da una sensación de poder. El poder en este sentido tiene su fundamento en el hacer: es el poder-hacer”.

Es indudable que la pretensión de Holloway es más que utópica. No por el deseado cambio social, sino por la sugestión de radicar dicho cambio en una cuestión de voluntad. La creación de este virtual “anti-poder” no es, en definitiva, otra cosa que la demostración práctica de la absorción completa, por parte de los intelectuales, de la “ideología de la paz”.

El “poder-sobre” como lo califica Holloway, es desde todo punto de vista inevitable en una sociedad. Tiene que ver con las distintas capacidades, los niveles de inteligencia y comprensión, la facultad de resolución de problemas. Lo que no puede hacerse (y es el error) es sinonimizar “poder” con “injusticia”. Como ya dijimos, el poder es simplemente una herramienta a la que no debemos adjudicarle un valor moral o ético “per se”.

Aquel que pretende conseguir poder se plantea ese objetivo “para”, ya que reiteramos que el poder no es un objetivo en si mismo. Si el objetivo es inmoral o no, la discusión es otra. Pero el poder siempre será ejercido “sobre”. Por consiguiente, la creación del “anti-poder” es simplemente la búsqueda del deterioro del sistema, sin ofrecer un reemplazo viable para el mismo.

Como afirmamos más arriba, la equivocación consiste en establecer a priori que el poder es una facultad estatal, un “don” que recae mágicamente en los funcionarios “elegidos”, en lugar de un aprendizaje individual que, por lógica consecuencia, deriva en la ocupación de cargos de importancia en el Estado, posición que posibilita continuar ejerciendo (justa o injustamente) lo aprendido.

“En el fondo, vale la pena aclararlo, el poder es siempre singular: singularidad de un pueblo, singularidad de un individuo” (Silvio Maresca).

Somos hijos de asesinos

Los hijos de puta ganan porque saben manejar el poder, y no les da miedo ni vergüenza hacerlo. De los demás, los que no somos hijos de puta, algunos saben cómo hacerlo pero no quieren pagar los costos, otros no pueden porque la conciencia se los impide y otros, la mayoría, no tienen la menor idea del mundo en el que viven ni porqué hacen lo que hacen.

Durante milenios la sociedad se edificó en torno a los asesinos, los victimarios, los triunfadores. Si tomamos en cuenta que durante los primeros mil seiscientos años después de Cristo (y cuatro mil años antes, claro) triunfar significaba lisa y llanamente sobrevivir, el título de este apartado está sobradamente justificado. Evidentemente, los que sobrevivieron, los que vivieron lo suficiente para engendrar, reproducirse, fueron durante los comienzos de nuestra historia los que lograron matar antes que morir.

Los amoraless, los crueles, los salvajes, los deshonestos, los mentirosos, los que antepusieron su propia vida y bienestar a cualquier otra consideración. Esos sobrevivieron. Ellos engendraron, construyeron ciudades, crearon imperios, reinados, instauraron dinastías, forjaron la moral.

Somos, pues, los descendientes de los asesinos, de los ladrones, de los violadores, de los dictadores, de los mercenarios, de los ilusionistas. Hasta el siglo diecisiete inclusive, los bondadosos, los caritativos, las "buenas personas" estuvieron condenadas a perecer, a extinguirse como especies inviables, no necesarias, excepto para ser utilizados como bestias de carga, esclavos, menos que humanos. Su capacidad de procreación estaba seriamente limitada por el nulo acceso a los precarios beneficios de la época.

La salud y el alimento suficiente eran bienes de usufructo exclusivo de la nobleza y la burguesía establecida en base al comercio. Las leyes, las costumbres, la ética y la moral social fueron indiscutiblemente establecidas por los "triunfadores", los deshonestos, los violentos, los asesinos.

Nuevamente es la Revolución industrial la que obliga a un cambio radical: a partir del siglo XVIII la imperiosa necesidad de mano de obra obliga, junto con la modificación de las relaciones de producción a una modificación de esta situación.

A partir de ese momento, los perdedores son necesarios, y deben reproducirse lo más posible. Si bien el acceso irrestricto a la medicina, la salud y el alimento siguen siendo prerrogativa de los menos, la brutal mortandad producida por las nuevas condiciones infrahumanas de trabajo solo puede ser paliada de una forma: los pobres deben parir hijos, cuantos más, mejor. Se produce entonces un raro fenómeno. Las clases dominantes reducen paulatinamente su fertilidad, con el objetivo de concentrar la propiedad, y simultáneamente inducen a los sectores pauperizados a reproducirse indiscriminadamente.

La Iglesia cumple en esta etapa un papel fundamental. Se pergeña una cruzada a favor de la libre multiplicación, y se alienta entre los pobres la noción de que controlar la natalidad es pecado. "Los hijos los manda Dios" se convierte en una frase hecha cuyo objetivo es alentar la producción de abundante carne de maquinaria. Desde luego, a través de las décadas esta falacia se ha convertido en verdad. El pobre sabe que su única posibilidad de tener una vejez mínimamente decente es tener hijos que puedan contribuir a la alimentación y cuidado de sus padres cuando estos ya no puedan trabajar. Tener muchos hijos se convierte así, a través de los años en un verdadero "seguro de vejez" ya que, cuántos más se tengan, mayor la probabilidad de que algunos sobrevivan hasta la madurez y puedan cuidar de sus progenitores ancianos.

Llegados al siglo XX, los poderosos se enfrentan a una nueva contradicción: la tecnología permite prescindir de buena parte de la mano de obra. Por lo tanto, las reglas de la economía de mediados del siglo XX indican que a mediano plazo habrá ingentes cantidades de pobres ex-empleados que se convertirán en marginales peligrosos. Comienza entonces otra aculturización: los pobres deben ser convencidos de que tener demasiados hijos no es conveniente.

Los programas de control de la natalidad pasan a ser prioritarios en todos los países periféricos. De grado o por fuerza, los planes de esterilización empiezan a ser aplicados en países como Bolivia, Perú, Brasil. No obstante, la Iglesia esta vez no puede acompañar el cambio. La multiplicación feroz de los pauperizados en la mayoría de los países del mundo ha generado un nuevo fenómeno: sacerdotes con una nueva actitud, relacionados directamente con los pobres, con su modo de vida, inmersos en esta realidad. El Vaticano se ve imposibilitado de eliminar (aunque la niegue) esta corriente populista dentro de las filas de la Iglesia, so pena de provocar un cisma comparable al de Lutero, y debe limitarse a controlarla. Ergo, debe seguir afirmando que el control natal es incorrecto. No puede desautorizar hoy lo que estableció como dogma ayer. Pero podrá hacerlo mañana.

(Después de todo, el anterior Papa pudo darse el lujo de negar la existencia de Satanás y del infierno, lo que equivale poco más o menos, a decir que el "ángel caído" es una fantasía de la Biblia y que los males del mundo también provienen de Dios).

#### La infraestructura dependiente y el tronco central

El concepto de aquel que pretende el poder no obligatoriamente debe estar reñido con la ética. Para eso, es obvio que deberá aceptar el universo tal como existe, y simplemente aplicará sus principios donde pueda.

Es remanido el concepto de infraestructura de dependencia. Incluye todos aquellos bienes imprescindibles para la supervivencia de una comunidad o su incremento cuantitativo. El con-

trol de cualquier fuente de energía indispensable para esa supervivencia, proporciona el control absoluto de la comunidad. Asimismo, incrementar esa dependencia es condición sine qua non para mantener férreamente ese control, en una espiral infinita.

En toda sociedad existe el concepto del tronco central. Proviene de las épocas en las que los árboles cortados se enviaban río abajo hasta el aserradero. En ocasiones, las curvas del río provocaban un atascamiento y, para liberarlo, era necesario enviar un experto que cuidadosamente analizaba la situación hasta descubrir el tronco central: aquel que al ser removido posibilitaría que todos los demás fueran liberados.

El concepto del tronco central está íntimamente ligado con la concepción del poder. Aquella persona que logra analizar y descubrir los troncos centrales de una sociedad, posee la principal herramienta para conducirla. Lo siguiente es su capacidad para administrar ese poder. El buen administrador tomará rápidas decisiones. El eficiente administrador del poder, se maneja con instrucciones verbales, y adiestra a sus colaboradores en ese sentido. Asumirá los costos inherentes a sus posibles errores.

El incompetente convocará comités, recabará informes, estudios y estadísticas; es decir, rehusará asumir la responsabilidad del poder, diluyéndolo en múltiples responsabilidades más pequeñas. Intentará disimular su ineptitud y temor exigiendo memorándums, confirmaciones escritas, evaluaciones de su personal dependiente. En resumen, buscará permanentemente a quién cargarle la culpa si las cosas salen mal.

La conquista del poder exige la toma de riesgos. Toda persona que concientemente busca el poder debe saber que inevitablemente llega el momento de apostar a una sola carta, y que el poder perseguido no consiste en ganar, sino en la capacidad de apostar. Ganar es solamente el premio merecido y perder, una eventualidad posible.

#### El riesgo de la oscilación

El problema de decidirse a conquistar poder personal tiene en esta sociedad una relación estrecha con el temor a perder el lugar obtenido previamente. En todas las épocas existieron (y existirán) ese tipo de personas que parecen boicotarse indefectiblemente ante cada oportunidad que se les presenta. El ser humano anhela la comodidad de pertenecer a un lugar cierto. Desde el momento que toda conquista -riesgosa por definición- implica la certeza del abandono del lugar poseído previamente, la obligatoria oscilación del esquema de pertenencia establecido provoca temor e inseguridad profunda. Por ello es tan simple contener y evitar que ese tipo de individuos prospere (compita) y triunfe: la simple amenaza de destruir su lugar preestablecido destruye el espíritu de la persona.

De igual forma, debemos tomar en cuenta que la mayoría de las personas sólo ansían una cuota mayor de felicidad. Al ignorar que dicho objetivo solo es obtenible mediante el ejercicio de un poder mas eficiente (mas aún, al negar vehementemente esa realidad), lo único necesario para conducir a esas personas hacia el logro de nuestros fines es la promesa, aún falsa, de ese incremento. Sin embargo, no puede obviarse el hecho de que, cuando el poder se ejerce ineficientemente, la masa descubre que es tendenciosamente conducida. Indefectiblemente, buscará en esa situación un chivo expiatorio, que no podrá ser exculpado.

El uso de la verdad

"Siempre reconozco una mentira porque siempre deseo volverle la espalda al mentiroso"  
(Shoel - Frank Herbert)

La mitología popular supone que el poder es poseído por los mentirosos. Por el contrario, el poder en la globalización requiere de una adecuada manipulación de la verdad. Los mentirosos son los charlatanes de feria, los prestidigitadores del poder. Se dijo correctamente que nadie puede engañar a mucha gente, por demasiado tiempo. El mentiroso es simplemente aquel que logra aprovechar una coyuntura y obtener de ella una ventaja temporal. Pero esa ventaja no le permite acumular poder real. En todos los casos, ese poder le es dado por delegación, como en una democracia, por ejemplo, y le será retirado en el preciso momento en que su mentira quede al descubierto.

“Cuando se habla de una crisis de representatividad, no se sabe muy bien lo que se dice; si el poder es indelegable, la representación política está ya siempre en crisis. Porque es, en definitiva, ilegítima. En lo que al poder se refiere, nadie puede sustituir legítimamente a otro. La cuestión es conocida: a más representatividad (delegación) menos democracia, a más democracia menos representatividad (delegación).

Todo reside en no confundir liberalismo y democracia. No es cierto que la democracia “moderna” se vea obligada a poner el acento en la representación porque, como suele aducirse, la magnitud de la población torne impracticable la democracia directa. Es el principio liberal el que introduce la necesidad de la representación.

En la sorda lucha entre liberalismo y democracia, es vital para ésta garantizar la mayor participación directa posible de todos los ciudadanos en las decisiones y generar los mecanismos apropiados para ello. La propuesta ya ha sido condenada por el liberalismo; la llamaré “democracia sustantiva”, aproximándola peligrosamente al totalitarismo. Democracia auténtica será, en cambio, para el liberalismo, sinónimo de democracia procedimental. Si se cumplen ciertos requisitos formales (voto periódico, división de los poderes, correctas formas de elección y designación, etc.) la democracia estará garantizada”. Silvio Maresca

Existe, como sabemos, otro tipo de poder real, que trasciende un mandato temporal. Lo ejercen aquellas personas que no dependen de un voto o de un nombramiento. Que están más allá de las vicisitudes de un gobierno. Aquellos, por ejemplo, de los que oímos hablar independientemente de un partido político. Ellos manejan una estrategia que se extiende por décadas. Controlan equipos políticos y económicos privados. Ocupan siempre lugares secundarios, no participan de la ostentación, jamás afrontan persecuciones judiciales o, si les sucede, son absueltos.

Ellos se caracterizan por utilizar siempre, indefectiblemente, la verdad. Por supuesto, la manipulan, la retuercen, la estiran. Pero continúa siendo la verdad. Cumplen sus tratos y sus acuerdos, por deshonestos que sean. Su palabra es un cheque al portador, tanto si la dan al jefe de policía como a un capo mafia.

Esta conducta, que les permite mantener su poder a través de los años, es a su vez una causa de que lo posean. Su proceso de crecimiento les ha permitido aprender que la verdad es un arma poderosa. Genera respeto y miedo.

El común de la gente tiende a mentir por comodidad, dado que es mucho más fácil - aparentemente- decir una breve mentira que elaborar una larga explicación. Esa breve mentira, sin embargo, provoca una pérdida de nuestra influencia/poder ante el que la escucha. Las "breves" mentiras generalmente no son bien elaboradas, "hacen agua" por donde se las mire. El mentiroso deja de ser confiable. Por cortesía lo escucharé, pero no será mi socio. Puede ser convocado a un trabajo de responsabilidad, pero desde luego no será jamás una persona de confianza, ni se lo invitará a una reunión verdaderamente importante.

Ha perdido poder.

Los símbolos: el poder condicional

Siempre que se constituye y establece firmemente un Estado, surge inmediatamente un estamento que tiende a fortalecer y desarrollar un grado de poder a través de la utilización de una forma de lenguaje. Las enrevesadas estructuras gramaticales de los abogados, por ejemplo, o las definiciones abstrusas de los médicos pueden llegar a ejemplificar lo expuesto. Desde luego, es necesario que el pueblo acepte una "institucionalización" de la situación. Es decir, que renuncie a desentrañar el significado de lo que esos sectores exponen mediante símbolos sólo comprensibles para ellos mismos. De esta manera, se obtiene como resultado que los símbolos pasan a convertirse en la verdad, no en la explicación de la misma. Por consiguiente, sólo aquel que logra desentrañar los símbolos puede manejar la realidad, modificarla de acuerdo (supuestamente) a las necesidades de aquellos menos favorecidos.

Por supuesto, el poder que el manejo de esta simbología confiere solo puede mantenerse si se excluye de su conocimiento a la mayoría. La economía, la salud, pasan a ser monopolio de

aquellos que logran interpretar el sublenguaje correcto y, por consiguiente, se convierten en indiscutidas (indiscutibles) autoridades en el tema, ya que cualquiera que no maneje la simbología adecuada es, por definición, un ignorante en el asunto, aunque rebose de sentido común.

Liderazgo energético: el poder arrebatado

He afirmado que la tecnología y la concentración de capitales han generado entidades supranacionales que concentran el poder mundial, independientemente de los países a los que originariamente pertenezcan. Estas entidades, corporaciones económicas, son sin lugar a dudas el emergente triunfador de un capitalismo exhausto que ya no pretende conjugar sus declamados valores éticos con su realidad salvaje y deshumanizada.

No más de treinta corporaciones interligadas poseen actualmente la totalidad de la producción y/o las reservas energéticas mundiales.

He aquí la obvia explicación de las aparentes "traiciones" o claudicaciones de los gobiernos democráticos. Como siempre, un problema de poder.

Más allá de las excelentes intenciones que pueda exhibir honestamente cualquier líder de un partido constitucionalista, en cualquier país del mundo, al acceder al gobierno deberá obligatoriamente inclinarse ante el imperativo categórico de la supervivencia.

Los condicionamientos impuestos por los representantes de esas corporaciones suelen ser taxativos. Oponerse a ellos significa despedirse del gobierno recién alcanzado y por consiguiente, de esa tan ansiada cuota de poder personal, aunque sea limitada.

Por tanto, el novel gobernante deberá ingeniarse para mentir convenientemente a sus votantes, cumplir con sus camaradas, compañeros o correligionarios, y acceder a las solicitudes/órdenes de las empresas que le han permitido ubicarse en el escalón superior de la burocracia local.

No obstante, cualquier burocracia demasiado cargada en su sector superior que no pueda ser efectivamente -profundamente- modificada por elecciones, requiere expandirse permanentemente, hasta los límites de energía del sistema. Eso exige ingentes cantidades de dinero, siempre crecientes. Como las corporaciones poseen las fuentes energéticas "tecnológicas" y desde luego no comparten los beneficios obtenidos de las mismas, no le queda al gobernante y su burocracia otro recurso que solventar su expansión a base de las energías "naturales": los ancianos, los jóvenes, los educadores, la clase media, los pobres. Por consiguiente, el deterioro de la salud, la educación, la reducción de los costos de la mano de obra, son contingencias quizás no deseadas por la globalización, pero inevitables.

Liderazgo económico: el poder absoluto

Las corporaciones económicas han alcanzado en este siglo XXI la suma del poder público: deciden en la práctica, mediante sus aportes financieros y sus presiones políticas, quiénes serán los gobernantes y qué programas implementarán. Comienzan guerras y negocian tratados. Auscultan procesos electorales en los países periféricos y convalidan fraudes en los países centrales. Nótese la diferencia con el pasado siglo: ya no es necesario impulsar golpes de estado más o menos encubiertos. No son imprescindibles las dictaduras sangrientas para obtener concesiones, privatizar recursos inalienables o imponer recetas económicas. Hoy es suficiente declarar una guerra, una "intervención militar" o simplemente una "operación policial internacional". Ya no es precisa la cortesía del consenso, ni siquiera el apoyo político de los aliados. La concentración brutal de la economía ha obtenido la concentración salvaje de la fuerza: o estás conmigo (y te sometes) o estás en mi contra (y te destruyo).

¿Está mal? ¿No es justo? Es la realidad. Y en verdad no hay diferencia con años anteriores, salvo en lo formal. Tal vez lo único rescatable como cambio sea que ahora es descarnado, abierto, claro. Todos aquellos que pasaron sus vidas negando la realidad de la violencia de los países centrales en su ejercicio del poder tienen ahora frente a sus caras un ejemplo incontrovertible.

El mundo se dirige hacia una división definitiva e irreconciliable. Las corporaciones económicas y sus burocracias tecnológicas, políticas y militares por un lado y, por el otro lado, los subempleados, los no capacitados técnica o educacionalmente, los analfabetos o semianalfabetos, las minorías étnicas o religiosas, los "demás". Esos son por definición los marginales del sistema. Están "de mas". Sobran.

## La ley y el poder

La ley no está relacionada con la justicia. Esa falacia ha sido establecida por aquellos que tuvieron la oportunidad de establecer las leyes y, desde luego, afirmaron que su intención era fundar una sociedad justa. No obstante, la historia demuestra que la ley en todos los casos afianza el poder. La ley tiende, en todos los códigos, a reforzar el poder existente - independientemente de la moral y de la justicia evidente-, cuando el verdadero problema es: ¿quién manda aquí?

Por esto es absurdo el reclamo de justicia en el caso de los tribunales y la policía. Es absolutamente imposible la existencia de una fuerza de policía incorrupta, en la medida que el ejercicio del poder incompleto obligatoriamente exige la negociación y, consecuentemente, la corrupción inherente a la misma. Si el cumplimiento de los objetivos institucionales de un organismo requiere que ese organismo deba negociar con otro su operatividad, la corrupción (favor con favor se paga) devendrá inevitable. Esta exigencia de la realidad, que se simplifica habitualmente refiriéndose a los jueces nombrados por influencias políticas, no es -por supuesto- reconocida públicamente por ningún estado. No obstante, es obvio que cualquier potestad que se ejerce con limitaciones externas provoca un desequilibrio que debe ser compensado. La ley

-que debe ser obedecida, justa o no- es la única "compensación" que un sistema democrático puede ofrecer.

## El poder y la guerra

Nadie con algo de cultura y conocimiento puede negar el efecto regulador que las sucesivas guerras han cumplido en nuestra civilización. Por triunfo o derrota, imperios y naciones han buscado y obtenido un equilibrio a través de los siglos. Diversos sociólogos e historiadores han analizado la curiosa realidad: los ejércitos, invariablemente, estuvieron conformados por hombres. Nunca, excepto en leyendas mitológicas como la de las Amazonas, las mujeres fueron institucionalmente convocadas a la lucha. Fuera por lucidez o instinto, nunca un Estado -antes del siglo veinte- militarizó a sus mujeres. ¿Sexo débil? Ridículo. Lo real es que en un ejército de hombres, la lealtad del soldado tiende a dirigirse hacia su propia estructura, sublimando en ella a su nación. En un ejército femenino, la lealtad se dirigiría principalmente hacia el líder del mismo. Evidentemente, una situación altamente peligrosa y, por consiguiente, inaceptable.

## La enfermedad infantil

Uno de los primeros combates que debe librar aquel que pretende acumular poder es contra sí mismo. Los logros iniciales desarrollan, casi inevitablemente, lo que podríamos denominar la "enfermedad infantil" del poder: la infalibilidad.

Toda persona que logra ser obedecida, comienza a auto valorarse de manera distinta. Crece en su propia imagen, se ve elegante, inteligente, "rubio y de ojos celestes".

En su condición de generalista -de la que ya hemos hablado- piensa que, al comenzar a comprender el universo que lo rodea, debe conocer igualmente sus peculiares características, y olvida que precisamente para eso es que le son imprescindibles los especialistas. Por tanto, deja de ser un generalista y se convierte inconscientemente en un "especialista múltiple". Sabe de todo, opina sobre todo, desdeña, desde su nivel recientemente adquirido, las opiniones de aquellos que han pasado años analizando un tema específico.

En resumen, abandona la conducción y la reemplaza por la intervención directa. Abandona su aprendizaje de estrategia, y se convierte en un táctico, imposibilitado para delegar responsabilidades.

En la práctica, lo único que consigue es que sus especialistas más valiosos, hartos de sus constantes cuestionamientos y de sentirse minusvalorados, lo abandonen. El resultado: en lugar de acumular poder, lo ha disminuido.

Esta "enfermedad infantil", si bien es inevitable en una determinada etapa, es perfectamente superable. Requiere la comprensión de la falibilidad y por consiguiente, del concepto poderoso

de la humildad. Este concepto, que no es asequible a todos nosotros, nos permitirá entender que la capacidad de extrapolación imprescindible para la evaluación global de la realidad no garantiza en absoluto el conocimiento puntual, y que el sentido común que permite conducir seres humanos no es válido ni suficiente para enseñar geografía.

Esta situación, que hemos analizado a nivel personal, suele producirse también en las empresas, sobre todo en aquellas que han comenzado como Pymes y que, a lo largo de los años, por una certera conducción y análisis correctos del mercado, han logrado posicionarse y crecer.

Generalmente, la creatividad inicial, la libertad y camaradería que caracterizaba la relación laboral va desapareciendo. La excelente relación interpersonal que posibilitaba esos esfuerzos iniciales comienza a endurecerse. En las relaciones humanas aparecen rivalidades. Todo esto es lógico: el crecimiento, la acumulación de capital, la generación de oportunidades de ascenso y desarrollo crean inevitablemente situaciones de rivalidad y competencia.

Pero la clave está en la actitud del líder, del dueño de la compañía. El también ha caído en las garras de la "enfermedad infantil". Ya no se ve como un joven creativo y emprendedor, rodeado de compañeros de trabajo con los cuales crece. Ahora es un empresario digno de respeto.

Sus compañeros de ayer hoy son empleados a los cuales "da" trabajo. Y su "sueño" de ayer, hoy es una empresa que debe funcionar "como una empresa". Por lo tanto, los horarios, la vestimenta, los memorándums, los "canales de comunicación", han pasado a ser importantes.

Inexplicablemente, la empresa que hasta ayer crecía aceleradamente, se estanca. O peor aún, comienza a decaer. Sucede que el novel "empresario" no ha advertido que en el juego de poder entre su Pyme y las grandes compañías, su único valor agregado era la informal solidaridad y hermandad que lograba generar entre sus conducidos. Esa sonriente "tormenta de cerebros" que le permitía destacar en la medida en que él "ejercía" el poder en lugar de "ostentarlo".

¿Lo derrota su competencia? No. Es sólo su "enfermedad infantil".